

Epílogo*

*Acaban de avisarme que he muerto.
Lo anunció entre líneas la prensa oficial.*

RAÚL RIVERO

*Los de tu edad sólo veían cuánto te demorabas
en responder a los insultos con insultos.*

ANTONIO JOSÉ PONTE

Eliseo Alberto

EL VIERNES 7 DE JULIO DEL 2000 LLEGUÉ AL AEROPUERTO internacional José Martí de Rancho Boyeros, La Habana, en vuelo regular de Cubana de Aviación; iba solo, asustado y convencido de que después de varios años de ausencia obligatoria la ciudad no iba a ser la que había dejado a principios de marzo de 1994, fecha en que enterramos a mi padre en la pequeña tumba de la familia, allá en un jardincillo del Cementerio Colón. Yo tampoco era el mismo, por supuesto. Entre un verano y otro había publicado tres libros (*Informe contra mí mismo* y las novelas *Caracol Beach* y *La fábula de José*), setecientas páginas escritas con la urgencia de un naufrago que embotella mensajes desde un islote remoto: «No me olviden». Mi hija María José y yo, mientras tanto, nos habíamos mudado de casa cuatro, cinco, seis o siete veces, saltando de colonia en colonia hasta encontrar nido en un paraíso llamado La Casa del Árbol, en los bosques periféricos de Ciudad México, donde por fin pudimos vivir tranquilos varios inviernos. En el camino había perdido la contable inocencia que me quedaba. Al dejar la cabina del avión, el calor me produjo frío: los huesos se me helaron en un disloque térmico que sólo el susto de algún amor incomprendido puede explicar de una manera convincente. «Hija, si me

* Fragmentos del epílogo de la nueva edición de *Informe contra mí mismo*.

equivocué, y si vuelvo a equivocarme, fue y será de todo corazón», apunté en un cuadernillo escolar que María José me había regalado en la despedida: «Lleva un diario, papá: te alcanzo en una semana». Los oficiales de migración acuñaron mi pasaporte de exiliado, sin desconfianza. Recordé entonces a un amigo que había hecho un viaje relámpago a México con el encargo de anunciarme la buena nueva de que, después de analizar los pro y los contra, iban a autorizarme una excursión a La Habana de carácter estrictamente personal; así entendido, no tendría mayores problemas durante la estancia, pues allá muchos sabían que yo no era hombre de andar creando problemas por reclamo de vanidad ni urgencia de falso protagonismo. No sin razón pensaban que si la aventura salía bien (como sucedió), podría resultar un valioso antecedente para que otros escritores del exilio siguieran esa discreta ruta de aproximación, con lo cual ganaríamos los de afuera y los de adentro: «Te haré un guateque en mi terraza», prometió. El día antes de mi partida, un diplomático de la oficina cultural de la embajada llamó por teléfono para desearme lo mejor y comentar, al vuelo, que podía llevar ejemplares de mis libros en la maleta, una bonita manera de decir que no temiera situaciones embarazosas en la aduana. La isla me olió a lágrima. Mi primo José María Vitier y su esposa Silvia Rodríguez, prima por derecho propio, me estaban esperando en el vestíbulo de la terminal aérea y a puro beso me quitaron el recelo que me atormentó durante la travesía. Los tres nos apretamos las tripas para restarle importancia al encuentro, pues nos encantan los boleros felices que cuentan historias tristes y al menor descuido nos habríamos puesto a reír entre pucheros. Se cerraba así el amargo paréntesis que se había abierto la mañana que supe de mi destierro oficial, en el Consulado de Cuba en Ciudad México, y que sólo empezó a despejarse la tarde que en la oficina del embajador visaron mi pasaporte y ratificaron la noticia de que podía regresar a casa como turista y por veinte días, según autorizan las leyes migratorias cubanas a compatriotas exiliados, si bien nos va.

El 7 de marzo de 1997, Sealtiel Alatraste —por entonces director editorial de Alfaguara en México— me había entregado el primer ejemplar de *Informe contra mí mismo* envuelto en papel celofán, y sentí que me quemaba las manos. «¿Un trago?», propuso Sealtiel para bajar el susto. Acepté. Dos años antes, mi amigo Rafael Rojas me había sugerido que escribiera una «historia de la emoción en Cuba» para discutirla en uno de los encuentros quincenales que él organizaba en una salita de la editorial Siglo XXI, en la calle Cerro del Agua, colonia Copilco, a los que asistíamos cuatro o cinco locos con la esperanza y también la caridad de quien no quiere perder la fe en lo que cree. Creíamos en nosotros. Recuerdo aquellas mañanas irreverentes bajo un ligero velo de clandestinidad. El encanto de lo prohibido es, de veras, perturbador. La sagaz Cecilia Bobes, erudita y memoriosa, asegura que los asistentes nos vestíamos con elegancia para darle a la cita la categoría de gala: «Nunca te había visto aquellas camisas de lino tan bien planchadas». Cuidábamos las formalidades. A la presentación del conferencista seguía la lectura de la ponencia, que daba paso a una sesión de preguntas y respuestas —al término de la cual nos fugábamos de

parranda, corriendo a la cantina. Los seres humanos nos dividimos en dos bandos: los que apenas miran y los que saben ver. Rafael pertenece al segundo grupo. A un historiador atento, como él, le interesa por igual el águila entre las nubes que el alacrán bajo la piedra, la pisada y el traspíe, la altura o el abismo. «De acuerdo, Rafa, no te prometo nada pero veré qué me sale», dije. Cuando me dispuse a cumplir el encargo, sin más documentación que la memoria, algo se me rompió adentro, cerca del hígado, y ya no pude parar sino hasta unos diecisiete meses después. Los amigos no me dejarán mentir. Cada vez que llegaban a casa (un pequeño departamento en la colonia Los Reyes Coyoacán), les leía fragmentos a boca de jarro, ¡púmbata!, y gracias a sus precisos reparos pude ir reacomodando los recuerdos, dolor a dolor y alegría tras alegría. De ahí nacen los capítulos-inventarios que los editores madrileños aceptaron publicar con la condición que aclarara en algún subtítulo que eran disparates «para cubanos», porque sólo un lector cómplice entendería por qué y para qué ensartaba aquella interminable relación de consignas revolucionarias (en orden cronológico) que a más de uno dejó sordo, ni por qué ni a santo de quién mencionaba unos ciento veinte sitios de La Habana (acorde a preferencias generacionales) en una larga letanía de suspiros, ni mucho menos por qué incluía nueve páginas de nombres de escritores, artistas y personalidades de la cultura que fijaron residencia en el extranjero por la misma fecha en que lo habíamos hecho María José y yo. Durante una comelata de fin de semana, ante un ajiaco humeante, uno de mis amigos me cuestionó «¿estás haciendo un exorcismo o un harakiri?», a lo que respondí, conoedor de su sabiduría yoruba: «No, es un despojo». El manuscrito comenzó a reproducirse fuera del primer círculo de conocidos, fotocopiado en La Habana, Bogotá, Barcelona, Miami; pronto me fueron llegando cartas críticas, inteligentes, desgarradoras, algunas de las cuales incluí en la versión definitiva del libro —y que mezcladas y anónimas integran a juicio mío sus páginas más emotivas. Ya terminado decidí publicarlo. ¿Por qué?, me he preguntado muchas veces en la intimidad, y otras tantas, en público, he dicho explicaciones emergentes o contradictorias, pero la verdad sigue siendo la que estaba contenida en la primera respuesta que di a mi hija cuando me cuestionó el hecho de haberlo editado aun sabiendo que esa determinación también le costaría demasiado caro a ella, que ninguna culpa tiene ni tenía: «Lo hice... por Cuba y por ti, que son para mí la misma cosa». Dos buenos amigos, Rosalba Garza y Rodrigo Castaño, seductores natos y vecinos en Los Reyes Coyoacán, organizaron un almuerzo-celada para que me encontrara con Sealtiel Alatríste, a quien yo no conocía, y le entregara el manuscrito en un auténtico asalto a mano armada. «Pensé que Rosalba quería venderme un cuadro», ha dicho Sealtiel: «pero no: me colocaron una bomba en el portafolio». Antes del mes, llamó por teléfono: «Lo publicamos en México y en España. Suerte, Lichi: vas a necesitarla.» Una tabasqueña que quiero mucho suele recomendarme que piense bien lo que pido a Dios no vaya a ser que en una de esas lo conceda. Pablo Rulfo, misterioso como su padre Juan, el mexicano de los llanos en llamas, me solicitó que le facilitara imágenes de la isla para diseñar la

portada, y en mis archivos no encontré nada mejor que una banderita cubana de papel, ennegrecida por el moho de la humedad, que me acompaña desde mis desfiles de juventud como recordatorio de aquellos maremotos pasionales.

Poco después de la salida del libro, dos funcionarios de la cancillería cubana me citaron en el Consulado, aledaño a la Embajada, para anunciarme que por acuerdo de los ministerios de Cultura, de Relaciones Exteriores y del Interior, se veían en la obligación de cancelarme el permiso de estancia en el extranjero. La negativa incluía la imposibilidad de regresar a casa y la cancelación de mis derechos ciudadanos fundamentales. En consecuencia, debía disponerme a cruzar el puente que me llevaría hasta el limbo del exilio, con la etiqueta de «quedado». Nadie sabe quién inventó el antipático término, pero tanto en La Habana como en Miami tiene un carácter despectivo. Un «quedado», para el exilio riguroso, es una persona poco confiable por el hecho de haber vivido (suponen que) a gusto bajo el gobierno de Fidel Castro, hasta que al resentido le apretaron las clavijas y «saltó el charco», haciéndose pasar por víctima. El calibre de un opositor al comunismo viene dado por la fecha de su desertión, a partir de una tabla de valores que tiene su nivel máximo de credibilidad en la migración de los años 60 y va devaluándose hasta el día de hoy, donde no cabe ni el beneficio de la duda. Qué torpeza. Para La Habana, «quedado» es simplemente sinónimo de apátrida, indeseable, escoria: a los revolucionarios ortodoxos no se les dan los matices. A partir de esa advertencia la patria sería para mí una pila de recuerdos maltratados por los olvidos, un mapa del puerto de La Habana, mi banderita tricolor (mariposa apuntalada entre cuatro tachuelas cabezonas), un álbum de fotos y esos platos de frijoles negros, ropa vieja y yuca frita que cada domingo cocinaba, y aún cocino, para los amigos cubanos y mexicanos. Había empezado ese lento fallecer en la lejanía de calles extrañas, entre atardeceres lánguidos, bajo los neones de los anuncios que publicitaban otra forma de entender la vida, pero mordido por los colmillos de la nostalgia —la peor de las dentelladas humanas. Desde que entregué el libro a la editorial esperaba el golpe. De riposta. En la nuca. Sin embargo, ¿quién está preparado para que lo hagan sentir un vendepatria y menos por el escuálido delito de soñar que uno puede ser un hombre libre? «Sólo errante puedo estar con todos los que amo», escribió Octavio Smith, y ese verso precioso se convirtió en mi Estrella Polar. Por esas mágicas compensaciones de la naturaleza, o de la poesía, la luna del Distrito Federal era idéntica a la de Arroyo Naranjo, luna muy luna. ¡Vaya descubrimiento!, exclamará algún lector, pero les aseguro que darse cuenta que el mundo no es tan diferente, que el cielo no se acaba, resultó un paliativo. Yo me dejaba convencer por esas mentiras para armar el consuelo de que no era tanto lo que me negaban, siendo casi todo lo perdido. Gracias a mi determinación de regresar a casa sin medir las consecuencias políticas de semejante salto al vacío, por una parte, y por otra a la visión de algunos dirigentes de la cultura que, a diferencia de censores cegatos, estaban y están dispuestos a establecer normas de convivencia o de acercamiento basadas en la tolerancia, mi castigo resultó benigno si lo comparo con el de otros intelectuales a los que por el mismo

delito (proclamar lo que piensan en voz alta) se les había aplicado un riguroso desprecio, hasta conseguir que murieran en la más honda soledad. Poetas y prosistas imprescindibles, nuestros, de todos, se nos fueron y se nos van allá en Miami, Alabama, París o Madrid, fusilados por los infartos de la roña y los odiosos cánceres de la politiquería. Aquí los evoco, con devoción, por las muchas verdades que aún les faltan por decirnos a Lydía, Novás Calvo, Gastón, Sarduy, Labrador, Moreno Friginals, Arenas, Ariza, Rosales, Florit, Heberto, Granado o Jesús. «En el día de hoy está el error/ que alguien habrá de condenar mañana», escribió Padilla.

La mayoría de los cubanos ha perdido entrenamiento para la polémica: después de cuatro décadas de zafarranchos reales o imaginarios, de torcidos fundamentalismos doctrinarios, muchos de nosotros hemos acabado por preferir la descalificación al debate, el desespero a la paciencia, la bronca a la excusa, la guerra a la paz. No me arrepentía de la decisión de firmar de puño y letra este *Informe* en defensa de los que no queremos tener la razón, y sabía que mi mundo quedaba definitivamente partido en dos: una mitad en La Habana y la otra en el resto del Globo. Del lado distante permanecían mi madre, mis hermanos, la familia, mis perdidos amores, mis refugios secretos, mis tentaciones, la ciudad, las noches y los días de esos cuarenta y seis años intensos y rebeldes, más aquella pequeña tumba del cementerio donde descansan los restos de mi padre. «Soy responsable de la escritura del libro no de sus lecturas: del grito, no del eco», dije en única entrevista que por esos días me hizo un periodista cubano con la incumplida promesa de que el diálogo se publicaría en La Habana. «En toda esta historia, en la que parece inevitable estar a favor o en contra, ¿en qué lugar te colocas?», me preguntaba al final del cuestionario. Decidí responder a quemarropa: «A favor del derecho a estar en contra». Gonzalo Celorio, Juan Villoro, Rafael Rojas y lo que quedaba de mí presentamos el libro en El hijo del cuervo, un bar bohemio de Coyoacán donde esa noche fresca no cabía un ángel más; sus palabras de aliento consiguieron el milagro de que, aun rendido plenamente a la tristeza, me sintiera a salvo. *Informe* tuvo rápida resonancia entre mis compatriotas, y hasta el cerro de El Desierto de los Leones llegaban de rebote los murmullos de la crítica, ya entonces polarizada en juicios claramente contrapuestos: los que se reconocían en mis recuerdos y aceptaban con dolor mis verdades, aunque no las compartieran al pie de la letra, y los que me satanizaban por el mismo motivo y me extirpaban de sus afectos. Yo era un enemigo. Un enemigo inesperado.

Los dos funcionarios de la cancillería fueron amables a la vez de contundentes: tampoco había qué negociar. Esa semana, apenas cuarenta y ocho horas atrás, me había visto en una cafetería de la colonia Polanco con un diplomático cubano acreditado en México, viejo condiscípulo, y al final del cauteloso desayuno me preguntó: «¿Por qué no me diste a leer el manuscrito, carajo?». Yo le acababa de mostrar el ejemplar que me habían adelantado en Alguazara, ya sin papel celofán. Respondí la verdad. Nos habíamos conocido en las aulas universitarias, a finales de la década de los 60, y siempre escuché elogios sobre su aguda inteligencia. No le había dado a leer el texto porque, a

título de aquella camaradería estudiantil, él se hubiera visto en la obligación de pedirme que no lo publicara y lo más probable es que me habría convencido. La situación resultaba incómoda. En la isla existe un gran aprecio, cariño, hacia mi familia. Los Diego, los García-Marruz y los Vitier sostienen una de las columnas esenciales de la cultura nacional, y así ha sido por varias generaciones, desde finales del siglo XIX hasta el arranque del XXI, y siempre con reconocido prestigio y probada cubanía. Al parecer, no sólo había traicionado la Revolución sino también a mi estirpe. La raíz. La sangre. En algún momento de la plática, que acompañamos con café para hacerla grata, uno de los funcionarios me advirtió que no podría regresar a Cuba en mucho tiempo, «lo siento», salvo en caso de emergencia (la muerte de un familiar, por ejemplo), y me alertó de que aún en esa situación límite los trámites demorarían varias semanas, si no meses, porque la solicitud debía ser aprobada en La Habana por autoridades de los tres organismos antes mencionados. «Así es el juego de pelota», dijo el segundo funcionario y pensé que al aplicar una frase popular intentaba restarle pesadez al noveno episodio de la conversación. Además de someterme a las regulaciones que desde la isla se imponen a los exiliados (las más rigurosas que conozco), me consideraban un caso especial (¿mis apellidos?), aunque nunca supe ni pregunté cuáles ventajas o inconvenientes implicaba esa singularidad. Ya me iba de la oficina desplomado, cuando volví sobre mis pasos, tomé aire y les dije que de inmediato exigía iniciar los trámites para volver «por razones de vida o muerte». El estupor de los funcionarios fue idéntico a mi asombro, al escucharme decir con mi natural tendencia al dramatismo que «sin mi isla y los míos se me rompería el corazón». Avancé hacia la salida con la remota esperanza de que alguno de ellos aclarase que la escena era un equívoco, una pesada broma. Esa mínima ilusión se mantuvo latiendo hasta que salí del edificio consular y en medio de la avenida Presidente Masarik estuve a un pelo de ser atropellado por un taxi ecológico: «¡Híjole, pendejo, chinga tu madre!», gritó el chofer. Sonreí. Setenta y dos horas después me entregaron el nuevo pasaporte, documento que oficializaba una nueva condición ciudadana: la de gusano. «A lo hecho, pecho», dije bajito. Entonces me vino a la mente una frase que mamá había dicho una tarde insoportablemente gris, bajo la mata de mangos que crecía en el patio de mi casa y que una ventolera se encargó de desenterrar a mediados de los 70: «Lichi, Lichi, Lichi, los amantes no piden permiso para pasar: entran por los balcones, escalando las paredes como rateros». Cuando llegué a La Casa del Árbol mi hija estaba estudiando sus cuadernos de geografía, tumbada en el sofá de la sala, y me preguntó cómo me había ido. «Todo saldrá bien, es cuestión de tiempo», dije y le expliqué qué diablos era Cuba, tema de su tarea escolar: «Tu tierra es una isla rodeada de sustos por todas partes. Huele a fruta».

«Bienvenido, primo», me dijeron José María y Silvia en el aeropuerto, más eufóricos que yo —si es posible semejante contentura. Se me doblaron las rodillas: mis seis pies de estatura se tambalearon de mala manera. Por contradictorio que parezca, sentirme indefenso, débil, lacio, me llenó de ánimo. Nunca me han simpatizado los valientes y ni en sueños me he visto arremetiendo

contra nadie, ni siquiera a la sombra de un molino de viento. «Andando», dije por alarde y salimos afuera. A la calle. El aire, espeso por los vapores de la humedad ambiente, entonces olió a mango. Estaba en casa. Luego de dejar las maletas en mi antiguo cuarto y darle a mamá el saco de besos que le debía, le pedí a Fefé que me acompañara a visitar a papá. El sol relumbraba en el mármol de su tumba.

CUADERNO DE MARÍA. DIARIO. VIERNES 7. Vine a verle, papá. Ya hacía mucho que deseaba visitarlo a solas. Le cuento: he visto el mar deshecho en olas. Atiéndame, caramba. No lo escucho... Usted duerme, claro. Todo está oscuro. Debieran encender esas bombillas... Mire allá: dos fantasmas con sombrillas escalan juguetones por el muro. Okei. Lo espero. Duérmase. Qué cosa. Mejor le canto una canción de cuna. Es broma. Ah, y si despierta no se ría al ver que en su sepulcro hay una rosa. Lo extraño. Es tarde ya. Salió la luna. Quería besarlo, ¿no?...

Será otro día.

DOMINGO 9. ¿Qué olor me asalta, acaso el de la abuela cuando abría las puertas del armario y entonces un aroma a escapulario apagaba la llama de la vela? ¿A qué huelen los viejos?... ¿A santuario?

En un roto cuaderno de la escuela Berta guardaba (un ejemplo) esta esquela: «de amor, ha muerto ayer, en el acuario, un travieso delfín llamado Pablo». Oía Radio Nacional de Francia —a pesar de ser sorda: ¡curiosa era! Sé que mi abuela me escucha si le hablo. Lo sé cuando respiro esa fragancia que destilan las cruces de madera...

LUNES 10. Si me obligan me robaré La Habana. La romperé, verás, con un martillo. Traeré de contrabando en el bolsillo, la noche, nuestro mar y tu ventana.

Si me obligan me robaré el pasado. Me llevaré mi calle y sus portales, tu juventud, un verso, las postales de esa isleta que el odio me ha negado.

Si me obligan me robaré La Habana piedra por piedra, amor, pena por pena. Mi vida rompo, guardo los pedazos. Escapo antes de que sea de mañana.

Me verás dando tumbos por la arena como quien lleva a su mujer en brazos.

MARTES 11. Desesperado te busco y no te hallo en ninguno de nuestros escondites. No hagas trampas: por más que tú lo evites te escucho respirar cuando me callo. Si sufres, ¡ay!, mi amor, de amor estallo. No soy menos que tú, sólo más viejo. Mis manos de tus manos son reflejo. En tu batalla, a tu lado, hoy batallo.

Estás dentro de mí, ¡de qué me quejo! No perderte jamás —eso deseo. Cada noche, con qué ilusión, te llamo. Mientras vea tu miedo en cada espejo responderé por ti, niño Eliseo. Desesperado te busco.

—Yo te amo.

(Nota: Esta mañana hablé por teléfono con María José. Dice que tiene las maletas hechas. Viene con Rosita, una elefante holandesa, de peluche, que su tía Fefé le regalara cuando María era pequeña. Es su amuleto de buena suerte para los viajes. La oí contenta).

JUEVES 13. Mi abuela Josefina nos visita. A veces siento que su sombra al piano toca algo de Saumell. No necesita más que trece pulseras en la mano.

Rosendo, mi padrino, nos recita versitos de relajo, tarambano. Papá aplaude. No faltan a la cita ni Octavio ni Agustín, siempre temprano. Felipe oye que hay fiesta: resucita. Sergio, todo tenor, al frente pasa. ¡Zarzuelas, habaneras, sevillanas!

Tía Fina llega, sofocada:

—Yíta, corre, muchacha, ven: han vuelto a casa.

Llorando bailan, solas, las hermanas.

VIERNES 14. A la infancia, Fefita, se regresa por un puente de niebla, centenario. Mamá toma las fotos: Ana y Mario con sus hijas —son Lourdes y Teresa.

Tu imagen, mi jimagua, guardo impresa. Fuiste feliz al menos un segundo.

—Coño, viejo, viste: se quemó *El Mundo* —dice Mario.

Papá golpea la mesa.

La vida es un retablo. La memoria nos llama. Vamos, Fefé. Cada loco con su tema.

Mario lo dijo al irse:

—No confundan los sueños con la historia.

La niebla se disuelve poco a poco.

La infancia es mal lugar para morir.

SÁBADO 15. Me persiguen... ¿Será que me persigo? Alguien escapa. ¡Atájalo! Lo atajo. Lo mismo cuestarriba o cuestabajo, cómplice hoy no seré de mi enemigo. Me vienen a buscar. ¿Por qué me escondo? Encenderé la luz. Quito el postigo. No quiero claudicar. Cuento contigo. Ábreme el corazón. Sólo en el fondo de ti me salvo. Ten mi abrazo. Ligo el que dicen que fui al que pienso he sido. ¿De qué me acusan? No soy miserable ni fiscal ni abogado ni testigo. No me arrepiento. Asumo lo vivido. Sólo de ti quisiera ser culpable.

LUNES 17. Hoy quiero, Rapi, andar por tu «paisaje», la Calle 23, aquellos bares... ¿Por qué regreso siempre a esos lugares si para entrar me cobran el peaje? La Habana sigue igual: ¡loca y salvaje! (perdón: por poco digo rencorosa). Nada reclamo y ve cómo me acosa la ciudad... Sólo traje lo que traje: una hija, cuatro libros, un pasado.

Tú que fuiste un eterno enamorado y presumes por único equipaje tu torpe corazón, querido hermano, dime «todo está bien». Dame la mano. Lloro conmigo, al regresar del viaje.

(Nota: *María José llegó esta mañana. Voló sola. Ya sabe*).

¡POBRES escritores del exilio: olvidados, malgeniosos, secos como bacalao, recalentando en el fogón una taza de arroz y una plasta de machuquillo de plátano! Cuánta fidelidad les debemos. Ni lejos se rinden: ni muertos se cansan de cargar la patria como un bulto pesado, pesadísimo. A pesar de considerarme un pésimo estratega, me atrevo a proponer una alianza primera, antecedente necesario para una futura reconciliación nacional: el reencuentro de los poetas en ese horizonte que nos divide hasta el sol de hoy, atestado de balsas a la deriva, guardacostas y naufragios. Que ellos vayan por delante, arponeros de tiburones, subidos a caballo sobre los lomos resbalosos de los delfines,

en lo que comienza la fiesta de un país unificado en su diversidad, democrático, perfectamente imperfecto, bien distinto al que hemos padecido en estos cien años de libertades al filo de la navaja. «Yo vivo en Cuba. Siempre/ he vivido en Cuba. Esos años de vagar/ por el mundo de que tanto han hablado,/son mis mentiras, mis falsificaciones./ Porque yo siempre he estado en Cuba./ Y es cierto/ que hubo días de la Revolución/ en que la Isla pudo estallar entre las olas...», dijo Heberto Padilla. A lo que Gastón Baquero habría respondido, luego de detener completamente el balance de su sillón de palo: «Yo viví en un mundo y cerca de personas que no volveré a ver. No es, compréndanlo, que no quiero volver a ustedes, es que no quiero volver al pasado (...) Yo no vivo, floto. Ya no vivo en España/ vivo en una isla./ Una isla/ llamada soledad». De tarde en tarde, desde sus escondites académicos en Nueva York o Chicago, Eugenio Florit escribía cartas a mi padre y jamás faltaba una línea, una minúscula posdata entintada en lágrima —como ésta: «¡No suelte mi recuerdo, por Dios! Que me hace falta sentirme junto a ustedes. (...) Vivo del recuerdo de mi ayer perdido, partido, que me regresa para darme un poco de tristeza». Apoyo a Jesús Díaz, mi buen y difunto amigo, ahora desacreditado por figurones extremistas de derecha y de izquierda que ni siquiera han tenido la gentileza de leerlo: «La disyuntiva es clara, o somos capaces de ganar esta nueva pelea cubana contra los demonios, lo que significa llegar en paz al momento en que podamos emplear juntos y en la misma dirección la fuerza extraordinaria de un pueblo capaz de hazañas tales como derrocar a ejércitos formidables en el corazón de África, y al mismo tiempo hacer florecer una gran ciudad en el marco de una cultura extraña, o esa misma fuerza descomunal empleada de modo fraticida terminará por destruirnos».

¡No soltemos los recuerdos! [...] Heberto Padilla y Jesús Díaz, dos de nuestros escritores más batalladores, fallecieron dormidos, en el exilio y por la misma causa (ataque al corazón), y ese simétrico final prueba que La Pelona se equivoca a menudo porque ambos merecían morir en Cuba y discutiendo, incluso entre ellos. El lunes 25 de septiembre del 2000, tres alumnos de la Universidad Estatal de Alabama encontraron a Padilla sentado en el sofá de su cuarto, sin vida. El poeta acababa de aceptar un contrato de cuatro años como director de la prestigiosa cátedra *Elena Díaz-Verson*, especializada en la enseñanza de la literatura latinoamericana. Aseguran amigos cercanos que de un tiempo a esta parte le faltaba el aire. Se veía ansioso. Limpiaba una y otra vez los espejuelos miopes. Su rostro de niño grande se había acartonado. «Envejeció de claridad», dijo la escritora cubana Nivaria Tejera, amiga suya, y permítanme citarla aunque se me ponga la carne de gallina: «Cervantes acabó manco y encarcelado. Quevedo encerrado en una torre; Maiakovsky perseguido, levantándose la tapa de los sesos; Lorca fusilado; Artaud huesudo y desorbitado en su furibundez; Rimbaud engrangrenado; Apollinaire trepanado y el pacífico Esenin cercado por la hebilla oval del pantalón, su lengua de fuego colgándole bien libre...». Heberto murió descorazonado —se dice fácil. La última vez que intenté verlo fue a principios de 1994, cuando supe que andaba por México. Una revista de gran circulación le había encargado

una serie de artículos sobre el alzamiento guerrillero del Frente Zapatista de Liberación Nacional y Padilla no dudó en sacarle punta a su viejo lápiz de reportero e irse con una mochila a San Cristóbal de las Casas, Chiapas, para volver a respirar si era posible el olor a pólvora de su destronada juventud. El dato me hizo pensar que seguía siendo un rebelde, un incansable fiscal de la injusticia. No pude encontrarlo: recorría la ciudad de rama en rama. Tuve que quedarme con un raquítico y solitario recuerdo suyo, el de la mañana que entré en librería La Polilla, vecina del Instituto Preuniversitario de La Víbora donde yo estudiaba, y con el dinero de la merienda compré un ejemplar de *Fuera del juego*, el libro premiado y proscrito por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Mi plan resultaba audaz: primero, leerlo verso a verso, en calma, a gusto, y luego regalarlo a una muchacha de ojos tan negros que en la noche más negra se distinguían. Aquel libro era mi rosa blanca, una original manera de decirle cuánto la deseaba. Iba a llover. Nubes cursis. Acababa de pagar el importe del libro en la caja registradora, cuando sentí una presencia cómplice: la de Padilla. Lo admiraba por su libro *El justo tiempo humano*, tan recomendado por mi padre, y me sabía de memoria un lamento poético que Miriam Acevedo cantaba en El Gato Tuerto, con acompañamiento de guitarra de mi primo Sergio Vitier y letra de Padilla: «Estaba la pájara pinta. Estaba la pájara triste. Estaba la pájara muerta». Por esos días, los Diego nos acabábamos de mudar al barrio del Vedado y creo que compartíamos el mismo supermercado (17 y K) porque alguna vez me crucé con Heberto en el pasillo de los licores. No sé qué haría en esa enana librería de La Víbora, quizás comprobar si su libro estaba en la mesa de novedades, como habían prometido las mismas autoridades que en breve lo meterían en la cárcel para conseguir a golpe de terror su estalinista arrepentimiento. Sin decir «hola» le extendí el poemario en claro gesto de quien pide un autógrafo más que una dedicatoria. El poeta rió al estampar las iniciales de su firma, al pie de unas palabras corteses: **HP**. Y se fue. Rompió a llover. «A aquel hombre le pidieron su tiempo/ para que lo juntara al tiempo de la Historia./ Le pidieron las manos/ porque para una época difícil/ nada hay mejor que un par de buenas manos». El libro era una lección de dignidad. Puedo imaginar al poeta en su estudio, bolígrafo en mano, escribiendo sus versos como un farero que en una carta abierta explica por qué ha decidido apuntar el rayo de la linterna contra la ciudad y no hacia el mar. El peligro de una tormenta política también se arremolinaba en tierra firme, entre nosotros, y no sólo detrás del horizonte como decían las consignas en las plazas. El sujeto de la denuncia en *Fuera del juego* no era tanto la Revolución que a raíz de la victoria había despertado ilusiones de paz y igualdad. No. Los cuestionados aquí eran los dirigentes (del partido, de las fuerzas armadas o de la burocracia) que incapaces de compartir el poder con sus críticos, vencidos por el licor de la prepotencia, aprovechaban la situación para amurallar el país de cabo a rabo e imponer un régimen de convivencia basado en normas estrechas; la «respuesta revolucionaria» fue condenar a los que se atrevieron a decir que por culpa de esas bardas acabaríamos por desconocer un mandato de obligatorio cumplimiento en cualquier

proceso que se tenga por íntegro: no se construye un mundo mejor si los deberes se priorizan a los derechos. A corto plazo, el escenario de la guerra sería de intramuros. Los cubanos nos quedamos sin muchas alternativas: fortalecer la muralla, destruirla o sencillamente ignorarla. Para decirlo rápido y mal: el problema no era tanto de «principios» como de «finales». Ningún escritor del patio, hasta *Fuera del juego*, se había atrevido a tanto, y menos por los canales que la política cultural de la Revolución estableció como idóneos: concursar libremente en un premio nacional de literatura. ¡Cómo le habrá costado caro semejante audacia, por no decir ingenuidad (¿vanidad?), que nunca pudo arrancarse el tatuaje de cobarde, habiendo sido, como fue, el más valiente de los poetas cubanos del siglo xx! «Di la verdad./ Di al menos tu verdad./ Y después/ deja que cualquier cosa ocurra: que te rompan la página querida,/ que te tumben a pedradas la puerta,/ que la gente se amontone delante de tu cuerpo/ como si fueras un prodigio o un muerto». Por mucho tiempo conservé entre mis tesoros aquel ejemplar de *La Polilla*, manoseado, roto, la carátula sudorosa (alguien le arrancó un par de páginas) hasta que terminé extraviándolo en alguna de mis cuatro, cinco, seis o siete mudadas recientes. De haber visto a Padilla en México, durante su viaje a San Cristóbal de las Casas, le hubiera contado que mi enamorada no me hizo caso; al graduarse del instituto se casó con un patán de ojos azules, cero grasa en el abdomen, a quien le dio dos hijos antes de terminar de dentista en un policlínico de Arroyo Apolo —y todo para decirle que hay historias que uno sabe cómo empiezan pero no cuándo se olvidan.

Los mejores enemigos de Jesús Díaz tienen que reconocer que él era un excelente enemigo. Digan lo que digan los leñadores que picotean árboles caídos, Jesús murió revolucionario, en el sentido cabal de la palabra. Cuando creyó justo defender un proyecto que proponía construir una sociedad socialista en Cuba, lo hizo de frente y con pasión, signo rector de su carácter. No le asustaba la posibilidad de equivocarse porque sabía dar disculpas, que no es lo mismo que pedir perdón. En las buenas, pero en especial en las malas, prefería avanzar a marcha forzada, en la dirección elegida por su inteligencia y su profunda cultura; después de su desencanto, en verdad tajante y argumentado, pidió de nuevo un turno para hablar en la cola de los descreídos, igual que proponía en el guión de una película que alguna vez le escribiera a Manuel Octavio Gómez, y no midió la trascendencia de sus incendiarias denuncias como tampoco, repito, había limitado su entusiasmo durante aquellos años duros cuando estampó sus *iniciales en la tierra* para que no se *perdieran las palabras* en el *polvo rojo* de la *lejanía*. «Esta ciudad nació en la sal del puerto/ y allí creció caliente, deschavada,/ el sexo abierto al mar,/ el clítoris guiando a los marinos/ como un faro de luz en la bahía/ y dentro el Barrio Chino, Tropicana,/ Floridita, Alí Bar, los Aires Libres,/ orquestas de mujeres musicando/ un chachachá bailado por marcianos». Así comienza el único poema que Jesús reconoció suyo, dedicado a La Habana. Su ciudad-personaje es una mañosa prostituta, violada por sus hijos bastardos, que se va encuerando piedra a piedra hasta quedar en puros huesos descrita: «Dicen que fue

candela,/ que encendía el rumbón con la cintura,/ que alguna vez, la pobre, estuvo viva». A Jesús le gustaban esos «versos de borracho», evidencia de que los novelistas de raza «tenemos, mi socio, nuestras debilidades». Cuando leyó *Informe contra mí mismo* me dijo que cancelaría sus proyectos literarios para escribir sus memorias a la carrera. Le aconsejé que tuviera mesura, «porque eres tan vanidoso que no dudarás en titularlas *Vida de Jesús*». Estalló en una carcajada. «No es mala idea, mi socio», me dijo: «¿Pero qué tal *Jesús* a secas?». Con su repentina muerte la cultura cubana se quedó sin un narrador brillante, el exilio sin un explorador en su vanguardia y la isla sin un buen hijo; los que más perdieron, sin embargo, fueron los revolucionarios de verdad que viven en Cuba porque en un abrir y cerrar de ojos se vieron sin uno de sus críticos más lúcidos y tenaces. Algunos políticos pobres de espíritu no quieren entender que sus relativas verdades se debilitan si únicamente escuchan a los canchanchanes o a los lamebotas, pues si algo ensordece a los predicadores en las tribunas de la ideología son los ecos que empastan los sermones en el centro de una plaza amurallada. La última de las revistas que fundó, *Encuentro de la cultura cubana*, heredera natural del primer *Caimán Barbudo* y la polémica *Pensamiento Crítico*, se recordará por mucho tiempo como la única que consiguió abrir un espacio para el cruce de opiniones contrapuestas, dichas por igual desde Miami, Madrid, Estocolmo, México o La Habana. Si un escéptico me solicitara una prueba que avale la trascendencia de *Encuentro* en estos años, no elegiría ninguno de sus números de antología (*Cuba a la luz de otras transiciones*, por ejemplo) ni recordaría los homenajes que los directivos de la revista dedicaron a intelectuales cubanos de primera línea sin distinción de ideología ni lugar de residencia (concho, qué bello libro podría editarse con dichos textos); pienso que un argumento definitivo sería la devastadora campaña que instituciones culturales de la isla han orquestado para desprestigiar a Jesús Díaz, a sus colaboradores y a la propia publicación, a la que no han temido de acusar de súbdita del imperialismo norteamericano —aun a riesgo de hacer el ridículo. El cerco ha resultado implacable. Desde el exilio, escritores de sectores recalcitrantes suman oprobios en la misma dirección, por lo que la sospechosa coincidencia, consumada en los polos de la venganza, demuestra que *Encuentro* acertó a tocar yagas de nuestra maltrecha nación: la historia secreta y negada de los presos políticos en la isla, los sucesos y consecuencias del éxodo de Mariel, las cicatrices de las guerras cubanas en África, los complejos procesos democráticos en países de la caduca Europa del Este, las relaciones entre los pueblos y gobiernos de Cuba y Estados Unidos vistas desde las muchas razones que nos unen y no sólo de las otras tantas injusticias que nos separan. Tuve el privilegio de estar presente en la cena que Jesús y sus entusiastas colaboradores dieron en una fonda cantonesa, cerca de la Casa de América de Madrid, para que los compatriotas que habíamos asistido a un frustrado cónclave de narradores (*La Isla Entera*, Universidad Complutense, 1996) supiéramos cara a cara de sus planes de editar la revista —una hazaña que otros habían intentado antes, sin éxito. A la mesa nos sentamos escritores del exilio y de la isla, de paso por la ciudad, y todos fuimos escuchados, uno a

uno, maripositas van y maripositas vienen: por un momento, parecía que nos encontrábamos en algún pulman de El Mandarín, el emblemático restaurante chino del Vedado. Los comensales de mi derecha pensaron que se trataba de una locura; los de la izquierda, de un arrebato. Tal vez lo fuese. Y lo siga siendo, tras veinticinco números. Jesús no se dio por vencido, ni siquiera cuando el mesero trajo la cuenta y tuvimos que hacer una colecta para completar la propina. Cumplió su palabra. Nada lo detenía. Cada vez que llegaba a Madrid lo visitaba. La tarde se nos iba sobre patines. Hablábamos de Cuba. Y de Cuba. Y al final de Cuba. Como los dos fumábamos cigarrillos de picadura negra, el aire se viciaba bocanada tras bocanada, hasta que se hinchaba una nube de nicotina que debíamos abrir con las manos. De pronto la estancia se convertía en una escafandra y nos transportábamos hasta Marianao o La Víbora o El Cerro o Palatino o Altahabana o Aldabó sin necesidad de visas ni sellos migratorios: a puro ron llegábamos. Anohecia. Yo, que tantas cervezas le acepté en los kioscos meados de los carnavales, sobre el muro de El Gato Tuerto o en el parqueo de la funeraria de Calzada y K, sé lo que digo: Jesús tenía una secreta vocación de guapachoso, por lo que forzaba su voz sobre la mía para cantar rancias tonadas del cancionero revolucionario, con algunas variantes de su cosecha. «Se acabó la diversión: llegó Quien Tú Sabes y mandó a parar». La isla flotaba en una pompa de jabón, igual que esos preservativos que a falta de globos se inflan (y se desinflan) en las fiestas infantiles. «Cuba, qué linda es Cuba, quien la cuestiona la quiere más». Al aclarar la mañana, el espejismo se rompía, se rajaba, y los dos nos mirábamos a los ojos, preguntándonos sin palabras qué coño hacíamos allí, donde no había «nada grande que hacer». Jesús murió del corazón, en su cama, el jueves 2 de mayo de 2002. La noticia no se publicó en Cuba, mas no pasó inadvertida. Dieciséis días después, el sábado 18, los trovadores Carlos Varela, Polito Ibáñez y Pedro Luis Ferrer dieron un concierto a sala llena en el teatro Amadeo Roldán de La Habana. Ante el micrófono, sereno, Pedro Luis hizo una pausa y pidió un minuto de silencio en honor de un amigo muerto en Madrid: «Jesús Díaz», dijo con nombre y apellido. Desde la platea, una voz de mujer gritó la palabra traidor. Los espectadores se pusieron en pie pero no respetaron el plazo pedido porque antes del segundo cuarenta comenzaron a aplaudir, en cerrada ovación. Pedro Luis estrenó entonces, sobre las palmadas, una de sus guajiras pegajosas: *Democracia*, se titula. Como los presentes no conocían el montuno, lo inventaron a la cañona: «¡Democracia, democracia, democracia!», coreaban emocionados. Si los fantasmas se divierten, y espero que sí, el de Jesús disfrutó de lo lindo la velada: el autor de *Las palabras perdidas* aún no debe haber ascendido a los infiernos ni al purgatorio ni a los cielos, porque eran tantas sus ganas de volver a Marianao, La Víbora, El Cerro, Palatino, Altahabana o Albabó que en uno de esos barrios tiene que andar todavía dando guerra, cuando menos hasta que pase algo por lo que realmente valga la pena desaparecer del mapa. Cosa que dudo, mi socio.

DIARIO. MARTES 18. Hoy quisiera ir al bar «El Elegante» si mi tío Felipe toca el piano. Brindaré por los muertos: ¡Emiliano, Eddy, Rolando, Paco —¡tan

campante! Triste, solo, borracho y delirante los veo pasar detrás de las vidrieras: Titón entra al cine. Wichi Nogueras tiene cita de amor —como un diamante atraviesa el cristal: ¡de aquí a La Nada!

Los muertos son los dioses de la vida. Hoy quisiera abrazarme a un contrabajo. Pitan los barcos. Ya es de madrugada. Esa sombra es papá: no anda perdida. Yo le presto mi cuerpo, ¡qué carajo!

(Nota: María José no para la pata: se ha reencontrado con sus «viejos» amigos de la cuadra.

Me dice que lee Informe al acostarse).

JUEVES 20. Carlos Varela canta. Pichi lanza piedras contra ese mar, desde su casa. Elsita me pregunta, ¿qué te pasa?... Sergio, mi primo, entre la niebla avanza. Wendy dice que tanta calma cansa. Juan Carlos dora al horno una merluza. Senel, en paz, la vida desmenuza. José toca su nueva contradanza...

Camino con Abilio por La Habana. Olga, Aramis, las niñas y Marcelo me ofrecen un banquete de esperanza... Duermo en el viejo cuarto de mi hermana. Bella Esther va camino de su cielo.

Mi hija me ruega:

—Por favor, ¡descansa!

VIERNES 21. Huele a semen de noche el barrio chino. Cuatro putas usadas se pasean por la calle. Dos tipos las desean. Lleva el chulo camisa azul, de lino. Una señora grita a su vecino de balcón a balcón. Su voz se apaga: ¡cómo sangra la noche por la llaga del loco y la borracha y su asesino! Espías, camajanes, atorrantes se ofrecen a buen precio como amantes.

—Chinito tú, chinita yo, ¡mi chino!

La noche es una vieja puta enferma. La basura se mezcla con la esperma.

—Si no vino a templar, ¿para qué vino?

SÁBADO 22. («*La patria es ara, no pedestal*», José Martí). Hace años presu-
mía: o todo o nada, comparaba qué tuve a lo que tengo. Ya nunca me pregun-
to, ¿voy o vengo?

¡Ah!, soberbia: bandera abandonada. El tiempo esgrime su navaja. Cada paso me anima, del rencor me aleja... La esperanza jamás se pone vieja. Hace tiempo, por ti, guardé la espada. Porque lo pides abriré la reja aunque a mi viejo corazón le duele. Puedo volver. Lo sé. Rompo esa puerta.

—Es por tu bien —María me aconseja.

El aire del jardín a Cuba huele. No es ara la patria. La patria es huerta.

(Nota: Mañana vuelvo a México. María José se queda otra semana en casa).

El DOMINGO 23 de julio del 2000 tomé el avión de regreso a México. No pretendo convertir este *Epílogo* en un catálogo más o menos arisco de los sucesos que estremecieron las dos orillas de Cuba de un siglo a otro, desde la visita de su santidad Juan Pablo II («que Cuba se abra al mundo»), las encarcelaciones de los autores del documento *La Patria es de todos*, la muerte de Jorge Mas Canosa y el caso del niño náufrago Elián González, pasando por el desfallecimiento de Fidel Castro en una tribuna de La Habana, la ruptura de la Fundación Cubano-Americana y los consejos del Rey Juan Carlos de España («que

Cuba se abra a Cuba»), hasta llegar al honorable discurso de James Carter en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, los once mil doscientos firmantes del Proyecto Varela y la última reforma constitucional que consigna expresamente «la voluntad del pueblo» de que el régimen económico, político y social consagrado en la Constitución de la República es intocable o inamovible. Otros compatriotas han dejado testimonio de esos episodios. Yo no estuve en la isla, tampoco en Miami, y no quiero traicionar la brújula rectora de estas memorias: hablar de lo vivido. En todo caso, mis opiniones al respecto están publicadas en los periódicos, fecha tras fecha, y a ellas remito si alguien quiere conocer mis frases de rabia, mis iras recurrentes y mis desilusiones más frescas. Me quedé en México, asilo de mis sueños, primavera en la mañana, verano al mediodía, a la tarde otoño, invierno de noche. Tierra generosa que se deja poseer por emigrados. Que amamanta. ¡Ah!, las fiestas patronales de Los Reyes Coyoacán donde disparan voladores a la Virgen, callecitas empedradas de San Ángel, ardillas de El Desierto de los Leones, ese olor a pan de Tlalpan, los cacharros de cocina tintineando con los temblores de la tierra, ¡los Pumas de la Universidad! Los amigos que encontré acá me apapacharon, verbo perfecto para conjugar los humanos sinónimos del infinitivo amar. Si no me ahogué, si no me rendí a la humillante melancolía, se los juro, fue por ellos, ese ejército de mexicanos maravillosos, colombianos burlamuertes, venezolanos buscavidas, nicaragüenses cantores, españoles relocos y argentinos milongueros que me echaron una mano cuándo más fatiga tenía. [...]

El tiempo se fue volando. La Habana había cambiado, sí, pero algo de mi querida ciudad de juventud perduraba bajo aquel orden de vida que, a raíz de los delirios del Período Especial, se fue acomodando como pudo hasta conseguir que la isla no se hundiera ni en el abandono ni en la bancarota. Visité Arroyo Naranjo. Hice equilibrios sobre los rieles del tren, frente a las ruinas de la estación de Yansó, *erre con erre cigarro*, pasadizo de mi infancia, *erre con erre barril*, bajo el puente de Cambó, *rápidos corren los carros por la línea del ferrocarril*. Voces. Rapi y Fefé, criaturitas, subían la espiral de un árbol gigante, recuerdos redimidos. Mamá seguía cantando a Agustín Lara en las mañanas, después del desayuno. Los tíos Cintio y Fina la visitaban un día sí y otro no, y la raptaban los domingos para disfrutar de sus linduras en privado. Por primera vez en muchos años logramos tomarnos una foto del familión, en la finca de José María y Silvia, en Bauta: la imagen salió movida porque el lente nos fusiló muertos de la risa. Los vecinos del barrio me saludaron sin tanto brete, *búscate a otro que te aguante ese paquete*. «asere, qué bueno encontrarte. Este sábado es mi cumpleaños y voy a hacer un motivito. Llégale». Vi a los amigos de siempre, hermosos como siempre. Tenían planes, proyectos, ganas. Almorzamos en los frescos comedores de sus casas, borrachos de alegría. Comimos en paladares sotaneros o de azotea, merendamos en los reconstruidos cafés del casco histórico de La Habana Vieja. Tragué luz. Respiré salitre. Nos amamos. Raúl Rivero leyó poemas de amor en la sala de su pequeño departamento de paredes blancas y vacías: fue duro decirle chao. Un miércoles cualquiera

logré un sueño que me frecuentaba en la vigilia del exilio: que me atardciera encima posado sobre una de las colinas de Santa María del Mar, en las playas del este. Allí quisiera construir mi casa. La noche desplegó su tapete de sombras claras, desdibujando el paisaje —y en él, la lomita y a mí. *Luna que se quiebra sobre las tinieblas...* Sentí un fuerte olor a quesadilla de flor de calabaza. Tacos al pastor. Agua de Jamaica. Moles poblanos. *Vieja luna que en la noche va...* Había llegado el momento de irme. Me iba. Me voy. Me fui. Me vuelvo a ir. Mamá y Fefé quedaron en la ventana, diciendo adiós. El viento roncaba. Roncaba el clarinete. Clarinete que sí: volvería. *Pasajeros del vuelo tal, favor de presentarse, etc.* María José me acompañó al aeropuerto. Se quedaba en Cuba una semana más. Al despedirnos me dio una carta y dijo que la leyera en el avión. Eso hice: «Anoche teminé *Informe*. No quería que te fueras sin decírtelo. Sabes que me considero chilanga: en México he vivido diez años y acabo de cumplir dieciséis. Aprendí a sumar y restar en aquella escuelita de Tlalpan, «Herminio Almendros», que tú elegiste para mí porque Herminio Almendros había sido amigo de abuelo Eliseo. Leo tu vida. (...) Me siento orgullosa de ser cubana y de ser tu hija, María». ¿Llovía o lloraba? Entonces abrí el cuaderno y escribí un final definitivo para este *Informe...* porque ya no quiero que me siga desgusando la nostalgia: Yo pude de tristeza haberme muerto, ¿por qué volví a mi casa? ¡Qué sé yo! Me habían advertido que en el puerto sólo flota lo que antes naufragó... Tantos recuerdos viejos, ¡cómo no! Pregúntale a mi sombra: fue testigo. Mi patria no es mi patria, se acabó. No sé cómo decirlo ni qué digo. Que el dolor no me impida ser sincero. Exígeme otra vez que no me calle. La vieja casa ya no era la que era y apenas aguacero, el aguacero. Mi sombra huyó por una bocacalle. Entiérrala en La Habana cuando muera.

FIN

Ciudad México. 2 de julio de 2002
(Cumpleaños 82 de papá)
 Colonia Polanco. México, DF